

Raúl Porras Barrenechea



Carnaval en Río de Janeiro*

Raúl Porras Barrenechea

De Río y de su carnaval no se puede hablar sino como los románticos, en hipérbole. Lo dicen ya los carteles de turismo: Río, la más bella ciudad del mundo; Guanabara, la bahía de las trescientas sesenta islas, paisaje insuperado. ¿No habéis presenciado el carnaval de Río? Pues entonces no sabéis lo que es la alegría.

¡El carnaval de Río! Es la más grande fiesta carioca y la mayor alegría colectiva del Brasil, pueblo, en buena hora, sin efemérides bélicas. La gran fiesta nacional —más que el 21 de abril o el 7 de septiembre, «a las márgenes plácidas del Ipiranga»— es la fiesta del carnaval. Dura tres meses en lugar de tres días, pero en realidad se le prepara todo el año. El alma juvenil del pueblo carioca vive pendiente durante doce meses de la preparación de la anual jornada de su alegría. Son los clubes de carnaval los que celan el rito dionisiaco de la ciudad y formulan el programa anual de su locura. Son cuatro los clubes tradicionales que, desde la época del Imperio, dirigen la diversión tradicional: Os Tenentes do Diabo, Os Democráticos, Os Fenianos y Os Pierrots. Estos forman una especie de sacerdocio o clero de la

* Publicado en *La Prensa*, Lima, el 1 de febrero de 1942. Transcribimos este ensayo con sus respectivas actualizaciones editoriales y ortográficas. N. E.

diversión carnavalesca, que durante todo el año avivan la atención pública hacia la fiesta venidera y organizan los desfiles de carros alegóricos, los *ranchos* o *blocos*, mascaradas que desde enero incitan con sus desfiles a la alegría, y el gran corso final, apoteosis de la fiesta carioca. El estado, celoso de la alegría pública, subvenciona gruesamente a estas instituciones. Cada club cuenta con local amplio, música a pasto y gordas listas burocráticas. No solo de alegría, sino de pan vive el hombre. Y el buen humor depende, principalmente, según los sociólogos brasileños, más que de la influencia del clima o de los factores raciales, de una nutrición con buenas bases de calcio. La buena despensa de los clubes carnavalescos garantiza a perpetuidad la indeclinable alegría de la fiesta carioca.

Cada club tiene sus insignias y uniformes característicos, estandartes, oriflamas y chisteras solemnes de junta directiva. Pero su elemento más móvil y dinámico lo forman los *ranchos* y *blocos*, comparsas juveniles de atavíos de colores, nombres y carteles humorísticos que salen cantando al son de improvisados instrumentos, en algarabía infernal. ¡Ay de los vecinos de un club de carnaval! El ático espíritu de João Ribeiro describía esta situación, resignado al estruendo corporativo de uno de ellos cercano a su domicilio, diciendo que, después de utilizar la artillería de cuatro *zabumbas*, agotan todas la escala jubilosa de las voces bestiales, «zumban, gritan, graznan, ladran, ragoldan, berrean, cacarean» entre el escándalo indescriptible de bombos, sinos del crujir de *cacherenguengas*.

Cada *ranchito* tiene su instrumental propio, su música y su canción predilecta. *Ranchos* y *blocos* son como los diáconos del carnaval que propagan el culto báquico y encienden con sus desfiles cantantes el delirio unánime.

El alma del carnaval carioca son las canciones populares. Concursos periodísticos las promueven, y la radiotelefonía y los ranchos las desparraman para que las sepan de memoria todas las voces juveniles. Cada año surgen cien o doscientas canciones. Diez o doce se destacan, generalmente, de los maestros de la canción carnavalesca: Lamartine Babo, Francisco Alves, Custódia Mesquita, João de Barros, Nássara, otros. Se canta estrepitosamente, a coro, por las calles, en los teatros, en las playas y en los salones de baile, estremecidos de entusiasmo juvenil, cuando la orquesta acomete las notas conocidas de una de las canciones predilectas.

En enero ya las canciones estaban por todas partes: en las algaradas nocturnas de automóvil que pasan resoplando su entusiasmo, en los *dancings* despertando a los clientes soñolientos, en los salones deslumbrantes del Copacabana en el *reveillon* de año

nuevo. El prólogo del carnaval lo constituyen las batallas de flores y los bailes en los clubes deportivos y sociales. Desde los primeros días y años se inician las batallas de flores en los diferentes barrios. La alegría emigra y se traslada de un lado a otro. Hoy es la batalla en Vila Isabel, o en Barata Ribeiro o en São Cristóvão, es la consigna circulante. El barrio se viste de fiesta. La calle principal se ilumina *a giorno*. Guirnaldas de luz se tienden a través de la avenida iluminada como un salón de baile. El vecindario se congrega en la calzada, mientras por el centro de esta desfilan automóviles de estridentes cantadores o pasan procesionalmente las comparsas gesticulantes y charangueras de los *blocos*. Los negros son los más adecuados protagonistas de estos desfiles. Con indumentarias abigarradas, los hombres, en trajes en los que la pintura disimula el exceso paradisíaco, y las mujeres, con collares, abalorios o *miçangas* y pañuelos de colores vivos, pasan cantando, saltando, rígidos o gesticulantes. Estandartes, plumas, trofeos pintorescos dan a esos *blocos* un aspecto de tribu tropical. La alegría es contagiosa. La batalla se entabla pronto entre espectadores y transeúntes. Se combate al son de las músicas más extrañas y diversas y de los instrumentos más estrafalarios: trompetas, matracas, tamboriles o el simple dedaleo de cajón. El gasto de confeti es mínimo. Los proyectiles más certeros son los del ingenio carioca, leve, alegre, inofensivo, cortés siempre. El público agradece a los transeúntes de automóviles con cuchufletas graciosas, increpaciones humorísticas, trozos festivos de canción, risotadas, silbidos, aclamaciones y aplausos. El más ruidoso clamoreo y la protesta más endiablada se producen cuando alguno de los vehículos va poblado de gente que no sabe sonreír. Contra esas «caras de entierro» irrumpe gozosa la turba burlesca y traviesa como una parvada de estudiantes en vacación. La seriedad es la más burda herejía bajo este clima.

Un baile de carnaval en Río no es igual a otro cualquiera. Tiene su liturgia propia de incomparable entusiasmo, de maravillosa juventud espiritual. Cuando el entusiasmo ha comenzado, toda rigidez desaparece. Las parejas se sueltan y comienza el *pulo*. *Pular*, traducido literalmente del portugués, quiere decir 'saltar'. Pero quien ha visto pasar *pulando lindas*, chiquillas brasileñas poseídas por el fuego sacro del carnaval, no puede conformarse con la traducción. El *pulo* es una invención helénica del pueblo brasileño en los dominios del ritmo y de la gimnástica. El *pulo* es simplemente un movimiento rítmico de hombros y caderas, una marcha airosa en actitudes alegres, las manos en alto o en escorzos coreográficos, el rostro erguido y triunfante de vida y regocijo. Así marchan alegres, riendo, cantando —siempre llenos de canción— en largas cadenas, de hombres y mujeres, unos detrás de otros,

las manos sobre los hombros, como en juegos infantiles, al son de la alborotada *marcha* de moda. Unos llevan en alto el pañuelo como bandera triunfal. Otros portan una trompeta o matraca o varillas de cotillón. Otros, arrastrados por el vértigo de la música, realizan piruetas vertiginosas y alocadas hasta que la orquesta misma —una orquesta en que predominan los trombones y los ruidos de cobre— desciende de su estrado y se mezcla a la turba danzante en un delirio estrepitoso de voces y sonidos que restallan la canción alegre y trivial:

¡Carolina, Carolinal!
 ¡Vá dizendo, por favor!
 ¡Carolinal!
 ¡Carolinal!
 ¡Que você me tem amor!

Graves moralistas y doctores censuraron la aparición de estos ritos desbordantes en los bailes de carnaval como retornos indeseables del batuque y de la marimba de los ultrapasados abuelos bantús. El profesor Nina Rodrigues protestaba contra esos cordones al son del tamboril, como síntoma de una africanización de la danza, y decía que el carnaval era un gran *candomblé* disimulado. Y así fuera cierto, ¿qué importaría? La samba, la danza mulata, se baila ahora con locura en todas partes. Y la *maxixa* ha nacido del carnaval. Cuando se inicia la samba es la señal del delirio. Y se explica esta locura revolucionaria. Es la *senzala* que ha invadido el salón. En buena hora, por cierto, para la alegría, porque, ya en retorno, los antropólogos brasileños propugnan la necesidad de unas cuantas gotas de sangre negra para poder vivir bajo la espléndida luz del trópico. Los prejuicios de raza se hunden en nombre de la belleza y en pro de la fraternidad brasileña. La samba es un instrumento de unidad nacional. La samba es hoy popular y aristocrática, es decir, brasileña. ¿No dijo el Conde de Gobineau que a la raza negra pertenecía todo lo substancial del arte moderno? ¡Qué mucho, pues, que el pueblo brasileño matice su cultura y su educación occidental con el grano de alegría de la marimba negra!

La samba, dice un jovial doctor en mulaterias, Orestes Barbosa, ejerce un papel pedagógico: enseña a leer, enseña aritmética, enseña historia. Las enseña a su manera, como hemos visto. Yo no quiero saber quién es Vasco da Gama, dice el jocundo doctor citado, sino quién echa agua en la leche. Mientras aquello se averigua es bueno reírse inocentemente del prójimo. La burla alegre, inofensiva, fina, propia del alma

carioca, dedo jugueteón apuntando risueñamente sobre el vecino que baila ceremoniosamente cogido de su pareja o sobre el estupefaciente rostro de un espectador complacido, les hace protagonistas inesperados de la alegría, enderezándoles la música socarrona de la copla:

Há uma forte corrente contra você
Toma cuidado!
Que o seu vizinho do lado,
Já anda desconfiado
E você sabe porquê...

Otras veces, la imprecación va dirigida contra menos circunspectos personajes. Y es galantería amorosa:

Dizem morena...
O povo anda dizendo
Que essa luz de teu olhar
A Light vai mandar cortar.

O simple burla retozona, ingenua, infantil, casi como la trivial copla cantada incansablemente en el carnaval anterior:

Macaco
Macaco
Olha o teu rabo
E se não
Anda ver o Diabo.

Sin embargo, no todas las canciones son alegres. El pueblo brasileño suele acordarse de su tristeza, diagnosticada en libros. Las saudades también tienen su música. En medio de la violenta alegría de la farándula, la orquesta se pone a llorar una pena de olvido o la tristeza del payaso dolorido por la frivolidad de Colombina. Y, entonces, toda la sala, cogida de melancolía, canturrea a media voz la samba triste:

Você partiu
Saudades me deixou

Eu chorei.
O nosso amor
Foi uma chama
O sopro do passado
Desfaz
Agora o cinza
Tudo acabado
E nada mais.

O la risa entrecortada de sollozos del *pagliacci*:

Colombina,
Colombina,
Reparte esse amor
Metade p'ra mim
Metade p'ra teu Arlequim.

Las canciones tristes son innumerables. En realidad, todas las sambas tienen un dejo melancólico, a pesar de su retumbante iniciación. El mismo ritmo violento y marchoso, repetido constantemente, llega a tener un acento entristecido. Pero esto de la tristeza es un tema que pertenece a los más serios auscultadores del alma brasileña.

Entre estruendos de pistones y músicas de sambas, llega el carnaval. Tres días de baile, de estrépito, de mascarada, de locura unánime. El primer día es el corso de carruajes. Espléndida policromía de la avenida Rio Branco, automóviles poblados de risas y canciones, disfraces de colores, serpentinas, guitarras, música ambulante, festones de alegría por doquiera. Nadie deja de participar en el jolgorio. Hasta los más serios ciudadanos llevan alguna señal de buen humor en la indumentaria: un pañuelo rojo de apache, una gorra de *jockey* o un sombrero de cosaco. Los muchachos se transforman todos en marineros y malandros. La indumentaria corriente está tácitamente prohibida. Lindos grupos de muchachas adoptan un color o una divisa para pasear en automóvil por el corso: equipos lila y verde, y rosa y oro, o manojos de *pierrots*, de venecianas, de tirolesas, de bahianas y hasta de hawaianas... El segundo día es el de los *blocos* o cortejos presentados por los clubs y la misma fiesta enloquecida en las avenidas costaneras, en los barrios y en el magnífico calidoscopio' de la avenida Rio Branco. El último día, el delirio es general. Se baila en todas partes, en las

calzadas, en las aceras. La puerta del Jockey Club, cita de la aristocracia, arde de entusiasmo. El *pulo* es fantástico. Desfilan los *préstitos* o carros alegóricos. Suntuosas evocaciones de las etapas históricas del Brasil o caricaturas de la vida diaria. Los *préstitos* tienen abolengo ilustre. Alguno de ellos, aludiendo a la abolición, en tiempo del Imperio, tuvo influjo popular sobre la libertad de los negros. Los de ahora aluden al alza o baja del mil *réis*, a la Light y siempre a los portugueses, cabeza de turco del pueblo carioca.

El público tiene apenas tiempo para aplaudir los carros y los equipos de los clubes lujosamente ataviados, porque debe apurar las últimas horas desbordantes. En la noche resplandecen las luces de los clubes, y el murmullo de canciones y de música se pierde en la enmarañada oscuridad de la selva o se diluye en la serenidad de lago de la inmensa bahía.

El carnaval ha terminado. Pero no la alegría. Una cosa bella es una alegría para siempre, dijo el poeta. Los jornaleros de los clubes trabajarán para una próxima vendimia de júbilo. Cada año vendrá con una nueva primavera de canciones. Y la alegría pasada volverá, vestida de saudades, cuando la orquesta de algún baile, puesta repentinamente a recordar, nos devuelva en una canción lejana una noche pasada, esta música entristecida y la limosna de unos ojos que hurtándose a Pierrot adormecido, nos daban, compasivos, la mitad de su luz. ■